

GUILLERMINA MEDRANO

Profesora

JOSÉ IGNACIO CRUZ

Profesor (Univ. de València)

EXPERIENCIA
DE UNA
MAESTRA REPUBLICANA



Publicaciones de la
REAL SOCIEDAD ECONÓMICA
DE AMIGOS DEL PAÍS
Valencia, 1998

JOSÉ IGNACIO CRUZ

Profesor Titular de Historia de la Educación
Universitat de València

DOÑA GUILLERMINA MEDRANO,
UNA MAESTRA REPUBLICANA

DOÑA GUILLERMINA MEDRANO,
UNA MAESTRA REPUBLICANA

José Ignacio Cruz

HACE ya algunos años, concretamente en 1976, el profesor Vicente Llorens pronunció en nuestra ciudad una conferencia titulada “Mujeres de una emigración”. El acto fue organizado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Resulta de interés detener nuestra atención sobre la fecha y el título. Apenas había comenzado la transición a la democracia. Hacía solo unos meses que había muerto el general Franco y aún faltaban casi dos años para que fuera aprobada la Constitución. Sin caer en ninguna exageración, se puede afirmar que en aquellas fechas, nuestro país se encontraba en una encrucijada histórica. En su disertación el profesor Llorens, gracias a la meritoria iniciativa de la Económica, acercó a la sociedad valenciana la realidad de “una emigración”, que no era otra que el exilio republicano de 1939. Así desde la tribuna, se fueron dando noticias de las actividades de una serie de mujeres exiliadas que habían destacado en sus respectivos países de acogida. Se trató de un acto de acercamiento de esa “otra España” que había conformado el exilio.

El conferenciante, por otra parte, no podía ser más representativo, Vicente Llorens era por aquel entonces profesor en la prestigiosa universidad norteamericana de Princeton. Nuestro ilustre compatriota había llegado a dicha universidad tras una azarosa trayectoria vital. Era uno de los protagonistas del exilio. Como otros muchos españoles, se habían visto obligado a abandonar su país tras la Guerra Civil y tras recalar en la República Dominicana y Puerto Rico, finalmente, había encontrado en los Estados Unidos el reconocimiento de su valía intelectual. En aquel acto que se celebró hace más de dos décadas, el profesor Llorens citó en su disertación a la profesora Guillermina Medrano como una de las mujeres destacadas del éxodo republicano. Como podremos comprobar de inmediato, no son, precisamente, méritos los que faltan en su trayectoria. Existen sobradas razones para incluir a la profesora Medrano entre las personalidades más destacadas del exilio pedagógico de 1939.¹

¹ V. Llorens: *Mujeres de una emigración*, Valencia, Real Sociedad Económica de Amigos del País, 1981.

Nuestra protagonista se había formado profesionalmente en Valencia. Cursó el bachillerato universitario en ciencias y el magisterio en la Normal de Valencia, por el plan profesional implantado por el gobierno republicano; asistió a la Universidad donde cursó parte de la licenciatura de Filosofía y Letras que interrumpió a causa de la Guerra Civil. Ejerció en varias escuelas públicas de Valencia y fue directora de la escuela graduada de Liria. Además de la formación inicial, la profesora Medrano continuó profundizando y ampliando sus estudios en los círculos pedagógicos más prestigiosos del momento. Así, su orientación educativa estuvo claramente influenciada por la Institución Libre de Enseñanza, de la que fue una fiel seguidora. Su vinculación con el ideario educativo institucionista quedó reforzada cuando, en 1933, estuvo becada durante un tiempo en Madrid residiendo en la Residencia de Señoritas.²

Guillermina Medrano no solo se distinguió en el ámbito profesional. Persona de firmes convicciones ideológicas, no permaneció al margen de los debates ideológicos que impregnaban a la España de los años 30. Perteneció a Izquierda Republicana y su militancia fue tan destacada que en 1936 se convirtió en la primera mujer concejal que hubo en el Ayuntamiento de Valencia. Durante la Guerra Civil trabajó coordinando la ayuda internacional que recibía la República. Cuando finalizó la contienda Guillermina Medrano y su marido, el abogado Rafael Supervía, formaron parte del ingente grupo de españoles que se vieron forzados a emprender el camino del exilio.³

Pero para comprender mejor las circunstancias en las que se vio obligada a desenvolverse la profesora Medrano en este periodo, vamos a describir brevemente los rasgos básicos de dicho exilio. Nuestro objetivo consiste, en primer lugar, en definir someramente el telón de fondo, con la finalidad de proporcionar puntos de referencia en donde encardinar posteriormente la trayectoria peculiar de doña Guillermina.

LAS ETAPAS DEL EXILIO

El triunfo de las tropas del general Franco en abril de 1939 supuso el éxodo de numerosos españoles comprometidos con el régimen republicano. En realidad la huida de los partidarios de la República a países extranjeros, había comenzado mucho antes. Conforme las tropas sublevadas avanzaron, si la situación geográfica lo permitía, se fueron produciendo expatriaciones, las cuales afectaron a un número diverso de personas. En fecha tan temprana

² J. I. Cruz: "El Instituto-Escuela de Ciudad Trujillo" en *Los valencianos en América. Jornadas sobre la emigración*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1993, pp. 147-154.

³ *Idem*, y "La señorita Medrano, Concejal del Ayuntamiento de Valencia, habla para Todo" en *Todo*, n.º 4 (11-VII-1936).

como septiembre de 1936, el empuje de los ejércitos mandados por el general Mola para ocupar la frontera del Bidasoa hizo que unas 15.000 personas de la zona republicana se refugiasen en la vecina Francia. Las sucesivas campañas bélicas fueron produciendo efectos parecidos y numerosas personas, combatientes y no combatientes, se vieron forzadas a cruzar la frontera. Así ocurrió cuando los nacionales ocuparon Vizcaya, Santander y Asturias en el verano y el otoño de 1937, y cuando liquidaron la bolsa formada en algunos valles pirenaicos del Alto Aragón en la primavera de 1938. En el primer caso, los especialistas calculan que se expatriaron unas 150.000 personas, y en el segundo algo menos de 25.000.

Pero el éxodo masivo llegó con la caída de Cataluña en enero y febrero de 1939. El avance de las tropas nacionales, tras la batalla del Ebro, provocó la huida de cerca de 500.000 personas que hicieron el camino hacia la frontera francesa en penosas condiciones. El panorama se completó posteriormente con unas 15.000 personas que pudieron huir de la zona centro y sur, en los últimos días de la Guerra. La cifra exacta del éxodo republicano es difícil de precisar con completa exactitud. Las evacuaciones se realizaron en situaciones muy complicadas, las cuales imposibilitaron la realización de un censo riguroso. Además, hubo un número importante de evacuados que decidieron volver a la zona nacional. Pese a tales dificultades, la cifra total de exiliados que permanecieron fuera de España una vez finalizada la guerra, se ha cifrado en varios cientos de miles, siendo considerado el éxodo más importante de la España contemporánea.⁴

El destino de la gran mayoría del exilio republicano fue Francia, en donde la acogida de un número tan elevado de fugitivos resultó bastante problemática. Cuando la situación militar empeoró notablemente para la República, debido a la ofensiva del ejército de los sublevados sobre Cataluña, el gobierno republicano solicitó a las autoridades francesas que acogieran en su suelo a los contingentes de evacuados que, previsiblemente, se iban a originar debido al empuje de las armas nacionales. En los primeros días de 1939 el gobierno francés contestó negativamente a una petición de Negrín en ese sentido. Pero, finalmente, a finales de enero se abrieron las fronteras francesas, ante el ingente número de personas que se agolpaban ante ellas.⁵

La acogida que recibieron la gran mayoría de los exiliados en Francia fue calamitosa. Para controlar la riada humana que entraba por la frontera, el núcleo mayoritario de refugiados fue llevado a campos de refugiados. En un principio se trataba de simples extensiones de terreno, normalmente de playa, acotado por alambradas y custodiadas por tropas coloniales del ejército galo. Los pro-

⁴ J. Rubio: *La emigración de la guerra civil 1936-39. Historia del éxodo que se produce al final de la II República española*. Vol. I, Madrid, San Martín, 1977, pp. 104-109. Una valoración cualitativa del exilio republicano puede hallarse en J. L. Abellán: "Significado y proyección histórica del exilio de 1939" en *50 Aniversario del Exilio Español*, Madrid, Pablo Iglesias, 1989, pp. 33-46.

⁵ J. Rubio: *o. c.*, pp. 65-67.

pios internados tuvieron que construir los barracones que les servirían de frágil cobijo. El panorama resultaba sumamente deprimente ya que a la frustración de la derrota hubieron de sumar abundantes penurias materiales.⁶ Además, grandes sectores de la sociedad francesa acogieron con desagrado la llegada de los exiliados españoles y observaron con temor el masivo éxodo. Un sentimiento de rechazo hacia los fugitivos españoles se instaló en muchos franceses, los cuales veían en la entrada de tantos extranjeros un peligro para su estabilidad económica y social. A ello contribuían las ideas de nacionalismo radical y de antimarxismo que flotaban en el ambiente de la nación francesa, en aquellos meses previos al inicio de la II Guerra Mundial.⁷

La composición del colectivo exiliado resultó ciertamente dispar. Entre los que se vieron forzados a abandonar sus lugares de residencia dejándolo todo, se encontraban muchos de los cuadros de los partidos políticos y organizaciones sindicales que habían apoyado a la República y los restos del ejército popular copado en Cataluña. Junto a ellos, también cruzaron la frontera muchos otros españoles que sin haberse destacado políticamente, veían con temor su destino bajo las autoridades franquistas, simplemente por profesar un ideario distinto al de los vencedores. Otra característica notable fue su carácter familiar. No huyeron sólo los combatientes y responsables republicanos. Un gran número de ellos marchó acompañados por sus esposas, hijos e incluso otros familiares más lejanos.

Como ya hemos indicado, Francia presentaba en esos momentos una situación conflictiva para muchos exiliados españoles. A los factores que ya hemos señalado tenemos que sumar otro factor de importancia: el temor que suponía la proximidad de la frontera española. Todo ese cúmulo de factores negativos se incrementó notablemente cuando en septiembre de 1939, seis meses después de finalizada la Guerra Civil, se inició la II Guerra Mundial. Y la situación se complicó más aún, cuando las tropas alemanas ocuparon la mayor parte de Francia en junio de 1940.⁸ Para intentar dar una respuesta a tan dra-

⁶ Sobre la situación de los campos de refugiados hay abundantes testimonios, tanto históricos como literarios. Entre los primeros puede consultarse *Plages d'exil, les camps de refugies espagnols en France, 1939*, Dijon, BDIC, Hispanística XX, 1989.

⁷ Ese aspecto de la acogida francesa ha sido tratado, entre otros, por H. Heine: "El exilio provocado por la guerra civil" en *Actas Congreso Movimientos Migratorios* (en prensa). Es preciso señalar que también hubo ejemplos de solidaridad por parte de amplios grupos de franceses. Un caso específico que afectó especialmente a los exiliados republicanos que eran masones y a sus familiares puede consultarse en J. I. Cruz: "Solidaridad y exilio. La masonería española en América (1939-1977)" en *Actas del V Simposium Internacional de Historia de la Masonería Española y América*, Zaragoza, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, 1993, pp. 533-550.

⁸ Una clara muestra de que los temores de los exiliados estaban muy bien fundados, fue la detención en 1940 de varias personalidades republicanas españolas en el Sur de Francia, que inmediatamente fueron trasladadas a España. Corrieron esa suerte Cipriano Rivas Cheriff, cuñado de Manuel Azaña, el ex-Presidente de la Generalitat Catalana Lluís Companys, los periodistas y líderes socialistas Francisco Cruz Salido y Julián Zugazagoita y el dirigente anarquista Juan Peiró. Ya en España todos ellos fueron condenados a muerte y, excepto en el primer caso, la pena fue ejecutada.

mática situación, las autoridades de la República intentaron conseguir, desde los primeros momentos del éxodo que los países americanos acogieran a contingente de republicanos españoles. La respuesta más favorable y generosa la dio el general Lázaro Cárdenas, presidente de México, que permitió que en su país se instalaran unos 25.000 exiliados. Aunque en el suelo mexicano se situó el colectivo más numeroso, a todos los países del nuevo continente llegaron refugiados españoles en mayor o menor número.⁹

LA REPÚBLICA DOMINICANA

Dentro de las ya de por sí peculiares características del exilio de 1939, el caso de los republicanos que se instalaron en la República Dominicana presenta unos rasgos ciertamente singulares. Esa pequeña república antillana, fue, curiosamente, el país americano que, después de México, acogió a un mayor número de exiliados españoles. La primera singularidad del exilio en la República Dominicana proviene del propio modelo de gobierno imperante en ese país. Difícilmente podríamos encontrar en aquellos tiempos en toda América una nación en que imperaran unos modos políticos más opuestos a los ideales de los republicanos españoles. El país estaba gobernado desde 1930 por el general Rafael Leónidas Trujillo-Molina, que ejercía un férreo control sobre toda la sociedad dominicana. Las razones que explican la paradójica acogida de los exiliados en esa nación caribeña son varias. En primer término, el general Trujillo tenía la imperiosa necesidad de mejorar su prestigio exterior, gravemente deteriorado por la atroz matanza de haitianos perpetrada en el país en 1937. Una medida humanitaria, como ofrecer hospitalidad a los exiliados españoles que huían de Europa, permitía al presidente dominicano recuperar algo del renombre perdido. Además, el general Trujillo, dentro de su peculiar concepción de la política demográfica del país, tenía interés en aumentar la población blanca en su nación, para equilibrar la alta natalidad de los dominicanos de raza negra. Por su parte, los republicanos españoles no estaban en situación de poder elegir. Cualquier puerto del otro lado del Atlántico era bueno, con tal de dejar atrás la peligrosa Europa. Así, empujados por ese cúmulo de circunstancias, entre noviembre de 1939 y marzo de 1940, llegaron a Santo Domingo entre 4.000 y 5.000 exiliados españoles.¹⁰

⁹ Sobre los primeros contactos oficiosos entre el gobierno republicano y el presidente mexicano puede consultarse las memorias de Juan Simeón Vidarte, uno de los interlocutores por parte española. J. S. Vidarte: *Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español*. Vol. II, Eds. Grijalbo, Barcelona, 1977, p. 788.

¹⁰ Acerca de las razones por las cuales los exiliados republicanos se instalaron en la República Dominicana pueden encontrarse en: V. Llorens: *La emigración republicana*, Madrid, Taurus, 1976, p. 152 y en N. Tabanera: "Actitudes ante la Guerra Civil española en las sociedades receptoras. La acogida del exilio en las repúblicas iberoamericanas" en *Historia general de la emigración española a Iberoamérica*. Vol. 1, Madrid, Fundación Cedeal, 1992, pp. 530-532.

La situación general de los republicanos en ese país nunca fue buena. La República Dominicana apenas contaba en aquellos años con industria. La estructura productiva del país era muy limitada, incapaz de absorber la mano de obra que suponían los recién llegados. Ante la raquítica dimensión del sector industrial, algunos grupos de exiliados probaron suerte en la agricultura e instalaron colonias en Pedro Sánchez, Dajabón, Villa Trujillo, San Rafael del Llano, San Juan de la Maguana y Medina. Todas fracasaron debido a la falta de medios, la dureza del clima y la bisonería de muchos de los colonos que se habían visto obligados a trabajar en el campo ante la falta de otras posibilidades laborales más acordes con su experiencia y titulación.¹¹ Tampoco tuvieron mejor suerte los que se quedaron en los núcleos de población. Unos pocos consiguieron trabajar en diversos organismos oficiales, pero los refugiados españoles en Santo Domingo en su conjunto, no pudieron sostenerse por sus propios medios. Ante la precaria situación en que se encontraban, tuvieron que contar con apoyo externo. En un principio, la ayuda llegó del Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE) y posteriormente de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE). Esta última enviaba unos 1.000 dólares mensuales para atender a todo el colectivo exiliado. Dicha cantidad se agotaba enseguida, atendiendo tan sólo a los gastos sanitarios. La anemia, el paludismo y todo tipo de problemas derivados de la deficiente alimentación hacían mella en los cuerpos de los exiliados, según reflejan con claridad los informes de la época.¹²

OBRA EDUCATIVA

Pese a encontrarse en circunstancias tan adversas, los exiliados llevaron a cabo en Santo Domingo una serie de acciones educativas de gran interés. Las actividades relacionadas con la enseñanza se convirtieron en una de las señas de identidad del éxodo republicano. Se llevaron a cabo en los campos de refugiados instalados en el sur de Francia. Continuaron en los barcos en los que embarcaban las expediciones rumbo a América. Y en muchos casos se desarrollaron con verdadera plenitud en los países en que los republicanos se instalaron definitivamente. Dicho interés no fue casual. En los años en que las fuerzas republicanas ocuparon el poder en España, desarrollaron un modelo educativo

¹¹ Entre los que probaron suerte en la agricultura se encontraban personas tan alejadas de los cultivos como Eduardo Capó, que había sido juez en España. El listado de las explotaciones agrícolas lo hemos tomado del informe del médico Agustín Cortes dirigido a la Comisión Administradora del Fondo de Auxilio a los Republicanos Españoles (CAFARE) de México el 3 de febrero de 1943. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, citado en adelante como AMAE, M leg. 321. Este médico realizó una meritoria tarea atendiendo al colectivo exiliado. Posteriormente vivió en Puerto Rico en donde falleció. V. Llorens: *o. c.*, pp. 152, 157 y 182.

¹² A modo de ejemplo, uno de los informes estudiados señala que de los 84 colonos que residían en la explotación de Pedro Sánchez, 82 estaban aquejados de paludismo. AMAE, M leg. 321.

propio que constituyó uno de los pilares más destacados de su política. Dicho modelo no finalizó con la derrota de la II República en la Guerra Civil, sino que se mantuvo vigente en el exilio y los republicanos lo fueron poniendo en práctica en cuanto aparecía la más mínima posibilidad, adaptándolo, lógicamente, a las características del entorno.¹³ Además de la voluntad de supervivencia del modelo educativo que les era propio, la actividad de los maestros y profesores exiliados se veía potenciada por el desembarco en las tareas docentes de muchos otros exiliados que, aunque con otro tipo de formación, se veían abocados a la docencia ante la falta de posibilidades laborales.

Las actividades educativas de los republicanos en la República Dominicana abarcaron todas las etapas educativas. Desde la educación infantil hasta la enseñanza universitaria, sin olvidar la alfabetización y la educación de adultos. Los españoles contaron para ello con la inestimable ayuda de algunos dominicanos que ocupaban puestos claves en el sistema educativo del país, como el rector de la Universidad, Julio Ortega Frier, y el director general de Bellas Artes, Rafael Díez Niese. En el ámbito de la enseñanza infantil, primaria y secundaria algunos exiliados alcanzaron a crear centros docentes. El primero fue el Instituto Colón, creado a finales de 1939. Poco después, ya en 1940, se constituyó en La Romana el Instituto-Escuela Cervantes. Otro Instituto-Escuela se estableció en Santiago de los Caballeros, y en la capital, que por aquel entonces se llamaba Ciudad Trujillo, abrió sus puertas el Colegio Duarte. Todos esos centros docentes surgieron impulsados por la imperiosa necesidad que tenían los exiliados de encontrar un modo de vida. Por esas circunstancias no pudieron contar ni con los medios materiales necesarios, ni con la necesaria planificación pedagógica, ya que funcionaron acuciados por exigencias a corto plazo. Ninguno de ellos pudo resistir durante mucho tiempo, desapareciendo a los pocos años.

Guillermina Medrano llegó a la República Dominicana desde Francia en octubre de 1939 junto con su marido. El destino final de la travesía era Colombia, pero un cúmulo de circunstancias propició el desembarco en la costa dominicana. En los primeros momentos Guillermina Medrano trabajó en el Departamento de Educación y durante un breve periodo de tiempo fue profesora en la Escuela Normal. Pero además de esas tareas, comenzó a dar clases en su propia casa a algunos hijos de los diplomáticos extranjeros residentes en el país. De ese modo Guillermina Medrano, casi sin meditarlo, se vio abocada a la creación del Instituto-Escuela en Ciudad Trujillo.¹⁴

¹³ Hemos desarrollado con mayor amplitud esas ideas en J. I. Cruz: *La educación republicana en América. (1939-1992)*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1994.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 134-138.

La trayectoria de dicho centro, es caso aparte dentro de los centros fundados por exiliados. Lo que comenzó casi como unas clases de apoyo, ante el buen hacer de la profesora Medrano, fue aumentando de dimensiones. Ante la demanda de nuevos alumnos fue necesario buscar nuevos locales y otros profesores que le ayudaran. La mayoría de los chicos que acudieron al centro pertenecían a la colonia diplomática o eran hijos de la burguesía dominicana, aunque también cursaron allí sus estudios hijos de exiliados. El Instituto-Escuela de Ciudad Trujillo fue un digno sucesor de los Instituto-Escuela creados por la Institución Libre de Enseñanza en España. El centro impartió cursos de primaria y de kindergarten con una clara orientación paidocéntrica. Los profesores seguían el método de los centros de interés de Fröebel y contaban con todo el material del sistema Montessori. Asimismo, intentaban en todo momento desarrollar la capacidad de análisis y de razonamiento de los niños. Además, los alumnos participaban activamente en la clase realizando cuadernos de trabajo y llevando a cabo trabajos en grupo. También se daba mucha importancia a las actividades plásticas y a los trabajos manuales, con los cuales se organizaban exposiciones escolares. Otro de los aspectos especialmente cuidados en el Instituto-Escuela fue las actividades colectivas, como el Teatro Guiñol y los festivales de final de curso.¹⁵

Desde una perspectiva diferente, el Instituto-Escuela sirvió para proporcionar algunos puestos de trabajo a los maestros exiliados. Fueron profesores del centro, entre otros, Emilia Benavent, Fernando Blasco, Vicente Ruiz, María López, Alfredo de la Cuesta y el insigne pintor Vela Zanetti. Varios de ellos eran paisanos de Guillermina Medrano, antiguos compañeros en los trabajos docentes llevados a cabo en Valencia durante la II República. Todo ellos laboraron con ahínco contribuyendo con su esfuerzo cotidiano al éxito del centro.¹⁶

El Instituto-Escuela de Ciudad Trujillo, a diferencia del resto de los colegios creados por los exiliados en Santo Domingo, consiguió consolidarse gracias al esfuerzo de los profesores, a la gran capacidad de organización y de liderazgo de Guillermina Medrano y a que todos supieron aprovechar bien las oportunidades que se les fueron presentando. El centro se acopló en la sociedad dominicana. Su directora supo ganarse el apoyo de personalidades relevantes. Entre los amigos del colegio destacaban el embajador de los Estados Unidos y el rector de la Universidad de Santo Domingo. El centro se caracterizaba por su solidez en la formación y por la sencillez de sus instalaciones. Lo que comenzó como unas clases particulares se convirtió rápidamente en un centro importante, con un número considerable de alumnos. Los algo más de 10 alumnos iniciales se convirtieron a los pocos años en más de 300. Incluso las

¹⁵ J. I. Cruz: "El Instituto-Escuela de Ciudad Trujillo" en *o. c.*, pp. 151-154.

¹⁶ *Idem.*

nuevas necesidades obligaron a la construcción de un nuevo edificio. El autor del proyecto fue el arquitecto exiliado Tomás Auñón. El nuevo inmueble era sencillo, sobrio pero funcional.¹⁷

En 1945 el Instituto-Escuela de Ciudad Trujillo estaba completamente consolidado y tenía ante sí un próspero porvenir. Pero una grave dificultad volvió a asomarse en el horizonte. Con el final de la II Guerra Mundial la situación se tornó más conflictiva para los exiliados españoles residentes en la isla caribeña. El nuevo contexto de “guerra fría” dio nuevas facilidades, para que el general Trujillo actuara con mayor libertad para reprimir cualquier atisbo de oposición. Todos los republicanos eran ideológicamente contrarios al dictador, aunque sólo algunos llegaron a manifestarlo con hechos. Esta posición de enemigos potenciales del régimen y la mala situación económica en que se encontraban la mayoría, hizo que las organizaciones de exiliados les fueran evacuadas poco a poco a nuevos países de la zona.

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Al igual que la mayoría de la colectividad de exiliados, el matrimonio Supervía tuvo que pensar en un nuevo destino para vivir y trabajar. En su caso el motivo del abandono de la isla primó las discrepancias ideológicas ya que habían conseguido un modo estable de ganarse la vida. En ese momento la trayectoria de los Supervía también se desvió de la mayoría de los exiliados. Guillermina Medrano había asistido durante 1943 a unos cursos de la Columbia University en Nueva York y, a través de los contactos que estableció en aquella ocasión, pudo conseguir en 1945 un contrato de trabajo para ejercer en los Estados Unidos. Allí comenzó a trabajar en el Sidwell Friends School de Washington como profesora de español. Este colegio de enseñanza secundaria era propiedad de una comunidad de cuáqueros y su alumnado pertenecía a los grupos sociales más destacados de la capital norteamericana, con una destacada presencia de hijos de políticos.

En ese centro Guillermina Medrano fue jefe del departamento de español y se ocupó de la enseñanza del español, encargándose de transmitirles a sus alumnos, no sólo una gramática y un vocabulario, sino un interés por el idioma castellano, su literatura y todo lo relacionado con España. La profesora Medrano trabajó durante 33 años en Sidwell Friends School. Su labor en pro del idioma castellano no se limitó a la docencia. Publicó varios libros de texto e impartió cursos de conversación en emisoras de radio. Asimismo, organizó intercambios de alumnos de su colegio con alumnos mexicanos. Lógicamente muchas de las familias mexicanas que se integraron en el programa eran, en realidad, familias españolas exiliadas. El intercambio se realizó desde 1957 hasta

¹⁷ *Idem.*

1970 y siempre fue escrupulosamente supervisado por la profesora Medrano que seleccionaba con detenimiento el ambiente en que se iban a desenvolver los alumnos del intercambio, para que el programa resultara lo más provechoso posible.¹⁸

Durante su estancia en los Estados Unidos, Guillermina Medrano no dejó de ser una entusiasta republicana española. Junto con su marido Rafael Supervía, participó en la “Americans for Democracy Action”, organización política fundada en 1947 que se destacó por sus actividades en contra de la dictadura franquista. En casi ninguna iniciativa republicana española en los Estados Unidos faltó los esfuerzos del matrimonio Supervía, siempre intentando crear un estado de opinión en contra del régimen franquista en la sociedad americana. Su significación republicana fue constante y estuvieron en relación con el resto de la diáspora republicana. De ese modo su domicilio fue la residencia habitual del dirigente socialista Indalecio Prieto cuando visita la capital americana y Guillermina Medrano y su marido mantuvieron una actitud de ayuda constante hacia los exiliados republicanos.

La eficaz actividad de Guillermina Medrano como profesora de castellano y su indudable capacidad de liderazgo, fue reconocida por sus colegas y le llevó a presidir durante varios años la “American Association of Teachers of Spanish and Portuguese”, organización nacional de los profesores de español y portugués con implantación en todo el territorio de los Estados Unidos. Su labor docente fue muy destacada. El interés que ponía en su trabajo y sus dotes pedagógicas multiplicó la eficacia de su tarea. Tan destacada labor profesional mereció el reconocimiento de los sectores educativos americanos. En 1965 recibió el premio Commencement de la Harvard University como maestra distinguida. Dicha distinción está destinada a premiar la trayectoria docente de los profesores de enseñanza secundaria de todos los Estados Unidos y goza de un gran prestigio en la comunidad educativa norteamericana. Dicho premio fue recibido con enorme satisfacción por los círculos de exiliados. Como muestra de ello, la colectividad exiliada en México le tributó un homenaje el 8 de julio de 1965, organizado por el Centro Republicano Español de México.¹⁹

Guillermina Medrano tras 33 de docencia en el Sidwell Friends School, se jubiló en junio de 1978. El centro, en agradecimiento a su dedicación le quiso hacer un regalo. La profesora Medrano pidió a los responsables del colegio que, antes que cualquier gratificación personal, preferiría una iniciativa que continuara su tarea en favor del castellano. Su opinión fue respetada y dio origen a la The Supervía Fund. Dicha fundación se ha nutrido con aportaciones de sus antiguos alumnos y ha servido para facilitar la estancia de jóvenes maes-

¹⁸ J. I. Cruz: *La educación republicana en América, o. c.*, pp. 136-137.

¹⁹ J. A. Climent: *Crónica de Valencia. Escritos desde el exilio*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1992, pp. 38-39.

tros hispanos que finalizaran su formación y colaboraran en el departamento de español del Sidwell Friends School.

Tras la muerte de su marido, Guillermina Medrano volvió a las aulas. Desde 1978 hasta 1983 dio clases en la American University de Washington, siempre difundiendo el idioma español en el medio norteamericano. Su labor docente en los Estados Unidos, como hemos podido comprobar, ha sido amplia y fecunda. Esa entrega profesional también fue reconocida por las autoridades de la España democrática, que en marzo de 1986 le otorgaron el Lazo de Dama de Isabel la Católica, en reconocimiento al mérito por su larga experiencia docente enseñando el idioma español y sobre todo, como ella siempre decía “propiciando que sus alumnos conocieran la riqueza de la cultura de esa lengua”.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Como hemos podido comprobar en este breve recorrido por la trayectoria de la profesora Medrano, se trata de una persona de profundas convicciones y con una gran capacidad de liderazgo. Podríamos afirmar sin temor a la menor equivocación, que nos encontramos ante una auténtica “maestra”, en el más hondo sentido del término, y deberíamos añadir, además, que se trata de una auténtica “maestra republicana”. Precursora en muchos aspectos de la realidad actual, abrió con su quehacer brechas en muros que hasta ese momento no habían podido ser superados. La potencia de su iniciativa personal y la calidad de sus capacidades profesionales no pueden ponerse en duda, ya que, como hemos relatado, sometida a un exilio forzoso supo desenvolverse con éxito en dos medios sociales muy complicados para los exiliados españoles, como fueron la República Dominicana y los Estados Unidos.

Otro clarísimo indicador de su calidad docente lo encontramos en el buen recuerdo que ha dejado en sus antiguos alumnos, algunos de los cuales no dudan en atravesar los Estados Unidos para acudir a los encuentros y actos de homenaje que se han celebrado en su honor. De hecho, este acto que hoy celebramos tiene lugar como consecuencia del buen hacer en su programa de intercambio con alumnos de la Sidwell con familias de españoles exiliados, alguna de ellas valencianas, en México. Asimismo, como acto de reconocimiento, el centro en donde trabajó tantos años en Washington ha puesto el nombre de Guillermina Medrano a algunas de sus salas de trabajo.

Pero la tarea educadora de la profesora Guillermina Medrano no finalizaba en las aulas escolares. Ha desarrollado, y continúa efectuando hoy en día, una importantísima tarea como embajadora, en la capital de la superpotencia mundial, del idioma y de la cultura española. Asimismo, ha sido anfitriona junto con su marido Rafael Supervía de muchos valencianos. Su trayectoria vital le han hecho aquilatar en su justa medida la importancia que la solidaridad y la

acogida tienen para quien se encuentra en tierras extrañas. A causa de ello, las puertas de su casa siempre han estado abiertas a sus compatriotas.

Para finalizar, solo me gustaría añadir que actos como éste en una España y en una Valencia democrática, nos permiten conocer y recuperar, ahora que ya las cicatrices se han cauterizado, lo mejor del exilio a través de lo que han sido, en mi opinión, sus obras más notables la cultura y la educación.

GUILLERMINA MEDRANO

Profesora

EXPERIENCIA
DE UNA
MAESTRA REPUBLICANA

EXPERIENCIA DE UNA MAESTRA REPUBLICANA

Guillermina Medrano

DISTINGUIDOS SEÑORAS Y SEÑORES:

CUANDO el Doctor José María García Álvarez-Coque, profesor de la Universidad Politécnica y vocal de la Junta Directiva de la Real Sociedad Económica de Amigos del País me visitó, recién llegada yo de los Estados Unidos, donde resido gran parte del año, para invitarme a hablar sobre mis experiencias como exiliada a causa de la dolorosa Guerra Civil, me resistí a aceptar la invitación porque creo sinceramente que mi trayectoria, comparada con la de otros muchos de mis compañeros –maestros– que vivieron también el exilio y lucharon valiente y honestamente para rehacer su vida, carece de gran interés. Yo soy solamente una maestra que tuvo la fortuna de recibir parte de su formación profesional durante los años de la República, de aquella República que quiso formar maestros que, como dijo don Manuel Azaña, “tendrían la misión de llevar sus enseñanzas a todos los pueblos para erradicar la incultura”. Soy una maestra que ha podido sobrevivir en un mundo ajeno y que al salir, obligada, de su patria llevó por todo equipaje su amor a la Libertad, a los Postulados Republicanos y a la Patria que la vio nacer.

Privada de realizar en esa Patria mis sueños de juventud, dedicada a la educación, llevé conmigo también al exilio el propósito de dar a conocer la España Liberal allá donde el destino me deparara. Y fue realmente en América donde tuve la oportunidad de convertir en realidad lo que me había prometido:
HACER ESPAÑA EN EL EXILIO.

Para definir lo que esto ha significado para mí creo necesario, si su paciencia lo permite, hablarles de mi infancia y mi juventud, pasados en Valencia, porque en esos años se forjó mi espíritu y recibí la fortaleza necesaria y la preparación cultural que me habían de permitir hacer frente al gran infortunio que supuso la pérdida del hogar, de la familia y de las ilusiones de un futuro soñado feliz.

Nací hace 85 años, por accidente según mi madre, en Albacete. Mis padres vivían en Barcelona donde mi padre murió muy joven. Mi madre y yo vinimos

a vivir con mis abuelos en Valencia, siendo yo muy niña, y siempre consideré esta ciudad enteramente mía. Mi educación transcurrió en un ambiente puramente liberal pues mi familia, respetando las ideas de mi padre, facilitó que mi educación, primero en la escuela pública, en el Instituto Luis Vives –único en aquel tiempo– y en la academia Martí, me proporcionaran las enseñanzas elementales necesarias para ponerme en el camino de la libre elección de mi futuro. Fue en esos años que tuve la fortuna de gozar de las enseñanzas de un gran maestro, filósofo de cultura vastísima, que fue diputado por Valencia en las primeras Cortes Constituyentes de la República y uno de los exiliados más respetados en la emigración: don Fernando Valera. A él le debo, en gran parte, la inspiración que me inclinó hacia el honorable servicio del Magisterio. Sirvan estas palabras como homenaje a su memoria.

Siendo muy joven mostré mi inclinación por participar en actos de interés humanitario y político. La dictadura de Primo de Rivera había logrado terminar la Guerra de África y los soldados eran repatriados en condiciones lamentables. Uno de esos soldados fue hermano de mi madre. Muchos no volvieron pasando a la categoría de “desaparecidos”. En el barrio donde yo vivía se formó un Comité que se proponía recaudar fondos que posibilitaran investigar el paradero de aquellos soldados desaparecidos en la cruel y sanguinaria guerra de África. Fue mi primera actividad humanitaria y tal vez política que inició mis intereses desarrollados más tarde con la proclamación de la República.

Hecho el Bachiller Universitario en Ciencias, y siendo demasiado joven para ingresar en la universidad, decidí entrar en la Escuela Normal de Señoritas (así se llamaba entonces) donde logré el título de Maestra de Primera Enseñanza a tiempo que, apenas cumplida la edad reglamentaria, inicié mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras, carrera que interrumpí para poder tomar parte en un plan de estudios de la República conocido como el Plan Profesional. Constaba este nuevo plan de cuatro años de estudio siendo el último considerado de prácticas dirigiendo ya un grado escolar y percibiendo sueldo. Para acceder a él teníamos que someternos a un examen riguroso de tipo general y, si obteníamos las notas requeridas para ser aceptados, teníamos la seguridad de una plaza para ejercer en escuelas de la provincia donde se hizo el examen; las plazas eran limitadas y en este primer año, en el que tomé parte, competimos maestros, licenciados, médicos y abogados. Algunos éramos y seguimos siendo, años más tarde, activos miembros de partidos políticos tanto de derechas como de izquierdas. Entre ellos figuró José Antonio Uribe que fue después el primero y más joven diputado comunista.

Los cursos, desarrollados con programas cuidadosamente seleccionados, estaban a cargo de profesores que, al menos en parte, trataban de cumplir su cometido lo mejor posible. Algunos como doña Angelina Carnicer provenían de la Institución Libre de Enseñanza fundada por don Francisco Giner de los Ríos, filósofo de la Educación, alma de todas las reformas educativas de su tiempo. En ella, y más tarde en el Instituto-Escuela en Madrid, se educaron muchos de los intelectuales que intervinieron en la política de la República.

Recuerdo con cariño y agradecimiento a don Julio Cosin, uno de los mejores profesores de historia y sociología que tuve en mis años de estudiante; a Doña Carmen García de Castro, que nos despertó el interés por la cultura griega; a doña María Villén que nos ayudó a descifrar los enigmas de la alta matemática; a doña Angelina Carnicer que además de enseñarnos literatura y ponernos en contacto con poetas y autores de aquel tiempo, hacía siempre hincapié en que un maestro debía ser siempre un ejemplo “en el buen decir” y era además amiga y consejera. A doña Concha Tarazaga, profesora de Geografía que trataba de despertar nuestra imaginación con viajes imaginarios. Tres de estos profesores fueron perseguidos y separados de sus puestos ganados por oposición; doña Concha murió en el exilio mexicano donde vivía con muy limitados medios.

Pocos de mis compañeros del Plan Profesional pudieron aplicar sus conocimientos ejerciendo el magisterio en España. Algunos fueron perseguidos, privados de practicar la enseñanza o murieron en campos de concentración o en el exilio dedicados a otras profesiones. Los menos, entre los que me cuento yo, logramos desarrollar nuestro trabajo dentro de la enseñanza en países de América, proyectando en esos países que nos acogieron las enseñanzas que tuvimos la fortuna de adquirir durante la breve vida de la República.

Mis años del Plan Profesional me llevaron también al campo político activo. Como miembro del Partido Radical Socialista y más tarde de Izquierda Republicana tuve oportunidad de visitar muchos pueblos de la provincia de Valencia participando, junto a destacados miembros de estos partidos y del socialista en mítines que llevaban a nuestros oyentes la visión de una sociedad más justa y llena de esperanza de una vida mejor para sus hijos. Uno de mis compañeros en estas reuniones fue un digno y honrado socialista, Molina Conejero, fusilado apenas terminada la Guerra Civil.

Con el triunfo del Frente Popular en febrero del año 1936, fui nombrada Concejal del Ayuntamiento de Valencia representando a mi partido, Izquierda Republicana, donde yo era Presidenta del Comité Femenino y miembro de la Ejecutiva Nacional de la Juventud del mismo. Como única y primera representante femenina, a poco de tomar posesión de mi cargo, que como todos los concejales lo hacíamos sin remuneración alguna, me levanté en el hemiciclo para pronunciar unas palabras asegurando a la mujer valenciana que “allí tenían una voz que iba a luchar para defender sus derechos”. Apenas pude cumplir mi promesa. La injusta y dolorosa Guerra Civil me impidió hacerlo y mi vida tuvo que dirigirse por otros derroteros.

No creo necesario contar con detalle los avatares a que me sometió la sublevación militar. Estoy segura de que muchos de los que tienen la paciencia de escuchar mi historia tendrían interesantísimas experiencias que contar, pero sí quiero decirles que, entre los recuerdos que llevé al exilio, uno nunca se apartó de mi memoria: el del día, a últimos del mes de enero de 1939 que, gracias a un amigo que nunca olvidaré, logré salir del puerto de Valencia con dirección a Barcelona. Atardecía y a pesar de que el capitán de aquel barquito

que hacía la travesía nocturna me dijo que entrara en el único camarote que había y que no me moviera de allí hasta que él me avisara, le rogué que me permitiera estar en cubierta por un breve tiempo. Presentía que había de pasar mucho tiempo antes de que yo pudiera volver a contemplar el mar y las playas que habían acariciado mi infancia. Venía a mi memoria que Blasco-Ibáñez, novelista que yo había leído con avidez en mi adolescencia, había dicho que “llegado a Valencia, por mar, se podía sentir el perfume de las flores” pero ésta no era la Valencia de Blasco-Ibáñez sino una Valencia sufrida, bombardeada, donde dejaba mi hogar y mi familia y mis sueños de una vida feliz y productiva receptiva de mis más sentidos ideales...

Al llegar a Barcelona, ya amaneciendo, nos esperaba un feroz bombardeo. El capitán me llevó, casi en brazos, a refugiarme en una especie de casilla construida a esos efectos y se despidió señalándome el camino de la ciudad. Le di las gracias emocionada y seguí sus indicaciones. Después de sortear todas las dificultades que no preciso mencionar, salí de Barcelona la víspera de que esta ciudad cayera en manos de los llamados “nacionales” y llegué a Francia en donde, por tener permiso de residencia, obtenido durante anteriores estancias, pude esperar al que iba a ser mi esposo y a mi madre que habían llegado a África y que, después de permanecer en campos de detención, lograron llegar a París y reunirse conmigo. Allí estábamos los tres, tratando de sobrevivir la primera parte del exilio, cuando, el tres de septiembre de 1939, se declaró la Segunda Guerra Europea. Aunque era un hecho previsto desde mucho antes ello nos hizo plantearnos otra vez la necesidad de salir de Francia y buscar nueva vida en el Continente Americano.

Otra vez manos amigas, en esta ocasión las de una querida amiga francesa, nos ayudaron a encontrar pasaje en un barco francés que se dirigía al Mar Caribe. Allí cambiaríamos a otro barco que nos llevaría a México o a Chile, países que nos habían concedido el visado de entrada.

No fue fácil abandonar Francia dejando a miles de compatriotas sufriendo en campos de concentración donde algunos murieron. Otros sucumbieron luchando a favor de los aliados o fueron hechos prisioneros por los nazis y también murieron en campos de concentración. Ello nos afligía extraordinariamente. Durante la travesía, que duró más de un mes, con limitada alimentación y en penosas condiciones, nos sentimos tristes pero, a la vez, llenos de esperanza en la seguridad de que, al fin de nuestro viaje, perseguidos y detenidos por submarinos alemanes, llegaríamos a un país donde iniciar nueva vida en paz y libertad.

León Felipe nos daba ánimos con sus poemas que yo sabía de memoria:

“No andes errante
y busca tu camino...
Dejadme,
ya vendrá un viento fuerte
que me lleve a mi sitio.”

Nuestro sitio llegó cuando el barco francés se detuvo en un puerto de la República Dominicana llamado Puerto Plata. El atractivo nombre, el sol y la luz tropical y mi estado de salud nos inclinaron a pedir permiso a las autoridades de la aduana para visitar la isla por unos días y esperar la conexión que nos llevaría a nuestro destino: México.

Al pedir el permiso nos dijeron: “No faltaría más; están Vds. en su casa”. La naturalidad de la invitación, después de las experiencias pasadas, nos llenó de emoción. Desconocíamos la geografía y la política de aquel país al que nunca habíamos incluido en nuestro futuro. Pronto supimos que era un país con un caudillo llamado Rafael Leonidas Trujillo Molina con título de Generalísimo. De Puerto Plata nos trasladamos, teniendo apenas lo justo para pagar un taxi, único medio de llegar a la capital, a la entonces Ciudad Trujillo, nombre que había sustituido al original, hoy día recobrado, Santo Domingo. En el trayecto compartimos el taxi con un inspector de enseñanza que me citó para el día siguiente en la Secretaría de Educación donde, de seguro, me dijo, me darían trabajo. Y así fue.

Dos meses trabajando como profesora de la Escuela Normal pero dependiendo de la Secretaría de Educación me dieron la oportunidad de poder proponer al Secretario la formación de un Comité Asesor para evaluar el sistema educativo en general. Para ello, añadí, contábamos con la llegada de varios educadores españoles que, como yo, habían buscado refugio en el país. Iniciamos el trabajo cinco educadores, dos que eran autores conocidos y habían desempeñado el cargo de inspectores de Primera y Segunda Enseñanza en Madrid. Los otros dos técnicos en agricultura y enseñanza de sordomudos. A mí se me asignó el trabajo de estudiar los problemas relacionados con las dificultades de la alfabetización. Al evaluar el rendimiento escolar en los cursos elementales me encontré con el problema de que un gran número de alumnos del primer año escolar repetían dos y tres años el mismo curso sin llegar a alfabetizarse y después abandonaban la escuela sin haber adquirido los conocimientos indispensables para formar parte de la sociedad y, por tanto, estar en condiciones de ganarse la vida. Esos alumnos necesitaban ayuda especial. Para resolver el problema propuse someter a cada alumno-repetidor a un examen psicológico e intelectual y, pendiente del resultado proporcionarle los medios necesarios para su educación. Como ello no podría ser positivo dentro de la escuela a la que asistían, propuse la creación de “Escuelas Especiales de Adaptación Social”, evitando nombres “alarmantes” tales como “reformatorio”, etc., etc. Como toda innovación había de ser aprobada por el Jefe (así se le llamaba al dictador) al leer mi propuesta me dijeron que su reacción había sido decir que “en su país no había niños anormales ni retrasados y que, por ello, mi propuesta no podía ser aceptada”.

Aunque continué trabajando en la Secretaría de Educación por un poco tiempo más, alentada por varios padres que a causa de la Segunda Guerra Mundial no consideraban conveniente mandar a sus hijos a los Estados Unidos a educarse, decidí fundar el INSTITUTO-ESCUELA en Ciudad Trujillo en enero del 1941.

Fue en enero de 1941 cuando tuve oportunidad de poner en práctica los postulados educativos que había soñado desarrollar en mi patria. La circunstancia de que llegaran a Santo Domingo, entre los muchos exiliados, un número de maestros, algunos incluso compañeros del Plan Profesional, así como algunos profesores también de otras nacionalidades, hizo posible que el INSTITUTO-ESCUELA, desde su fundación, contara con profesores capacitados para desarrollar su programa. Al curriculum básico, exigido por la Secretaría de Educación, añadimos actividades extracurriculares tales como danzas rítmicas, clases de dicción, estudio de la naturaleza en excursiones frecuentes, estudio del pasado artístico e histórico del país y sus raíces españolas aprovechando visitas a los monumentos en Ciudad Trujillo. Le dábamos mucha importancia a la exploración psicológica. Aprovechando un viaje a Nueva York para asistir a cursos de Educación Especial, en Columbia University, adquirimos un pequeño laboratorio que nos ayudó en nuestras necesarias exploraciones.

Desde el momento de su fundación el INSTITUTO-ESCUELA gozó de la ayuda, casi siempre desinteresada, de compatriotas que, no perteneciendo directamente al Magisterio, se sentían parte de nuestra obra pedagógica. El centro era parte de ellos mismos puesto que había nacido por la causa que nos unía a todos: la necesidad de ser exiliados a causa del levantamiento militar en España. El triunfo del INSTITUTO-ESCUELA era el triunfo de una idea educativa querida y admirada por todos. Entre los amigos que nos ayudaron, sin ser parte del profesorado encargados de curso, estaba el pintor Vela-Zanetti, conocido más tarde universalmente por su gran mural en las Naciones Unidas en Nueva York. El escritor y pintor surrealista Eugenio Fernández Granell que, entre otras aportaciones, organizó un TEATRO GUIÑOL que dio a conocer obras clásicas PARA GRANDES Y PARA CHICOS. Y muchos otros compatriotas sin cuya ayuda no hubiéramos podido tener, en poco tiempo, el éxito educativo que alcanzamos. Algunas veces, cuando teníamos que celebrar efemérides relacionadas con la vida y el sistema político del dictador, elegíamos también personajes ilustres de la historia dominicana que nos permitían resaltar la importancia de gozar de libertad y el precio de lograrla.

He de reconocer que, en los primeros tiempos, pudimos gozar de completa independencia en el desarrollo de nuestros programas. Y que pudimos también tomar medidas que otros centros no hubieran siquiera tratado de llevar a la práctica. Por ejemplo: nunca presidió nuestro centro el retrato del dictador, cosa peligrosa en un país donde por todas partes se leía, en grandes titulares, "Dios y Trujillo". El hecho de que entre nuestro alumnado figuraba la hija del Embajador norteamericano, así como los hijos de embajadores de Colombia, Perú, Venezuela, México y de miembros de varias delegaciones y consulados, nos ayudó, sin duda, a conservar nuestra independencia. Esto duró cuatro años. Con la proximidad del fin de la II Guerra Mundial, y ante el temor de que grupos de dominicanos que luchaban con gran riesgo para derrocar al dictador, pudieran recibir ayuda, siquiera ideológica, de los exiliados españoles hizo que la actitud de aparente respeto al desenvolvimiento de los españoles en

la isla cambiara peligrosamente. Muchos habían dejado el país en cuanto les fue posible dada la limitación de medios para ganarse la vida. Así pues, cuando por diferentes “síntomas” como ataques solapados en la prensa diaria, a mi esposo que dirigía el periódico *Democracia*, órgano de los republicanos y socialistas exiliados, pudimos darnos cuenta de que nuestra estancia en Ciudad Trujillo podría llegar a un clímax peligroso decidimos que era necesario buscar nuevos caminos para nuestra vida de exiliados.

La decisión no fue fácil. En estas tierras habíamos encontrado cariñosa acogida por gran parte de la población, teníamos amistad íntima con personas de una gran finura espiritual con quienes pasábamos veladas muy agradables, nos habíamos habituado a las frutas y a la exquisita cocina dominicana y hasta nos familiarizamos también con giros del lenguaje, nuevos para nosotros y, sobre todo, habíamos fundado un centro educativo que gozaba de gran prestigio y en el cual pusimos toda nuestra joven energía y esfuerzo. Con él quisimos demostrar al pueblo dominicano nuestro agradecimiento por habernos abierto sus hogares y acogido con cariño de hermanos. Dejábamos nuestro INSTITUTO-ESCUELA sin saber cuál sería su futuro, centro sobre el que, el Office of Education de los Estados Unidos, en una visita de evaluación del sistema educativo dominicano, había dicho que “era el centro con métodos más modernos del país en el año 1944”. Y, sobre todo, dejábamos unos alumnos que, aunque en tiempo limitadísimo, habían seguido nuestras enseñanzas en un medio de libertad y respeto. Con varios de ellos, a pesar del tiempo transcurrido, conservamos comunicación.

La circunstancia de haber pasado el verano de 1943 estudiando en el Teacher College de la Columbia University en Nueva York, becada por el Rockefeller Committe, me permitió conocer los Estados Unidos y tener contactos para posible trabajo en esa nación. Y así fue. A fines del año 45 recibí un contrato para enseñar español en la Sidwell Friends School de Washington y mi esposo en la universidad de George Washington de la misma ciudad. Una nueva forma de vida se extendía ante nosotros.

La escuela Sidwell Friends es un centro educativo, de filosofía cuáquera, al que nunca podré agradecer bastante la oportunidad que me dio de iniciar una nueva forma de vida dentro del exilio. Era su director Mr. Edwin Zavitz un cuáquero de origen canadiense que me recibió con respeto y deferencia. En su casa fuimos invitados muchas veces a compartir sus deliciosas y sencillas comidas. Gustaba él y su esposa de hablarnos de historia, filosofía de los cuáqueros o friends (amigos), educación y política y, cuando se presentaba la ocasión, nos invitaban a asistir a reuniones de tipo pacifista. Todo ello nos ayudó enormemente a tratar de interpretar y comprender el carácter y la psicología americana. He pasado más de 50 años en ese país y todavía no me atrevo a interpretar algunas reacciones colectivas y ni siquiera a tratar de “definir al americano”, sus ideales y su pensamiento.

Mis primeros años, tratando de transmitir los valores históricos y culturales de la lengua española a mis alumnos, fueron difíciles. Pasó bastante tiempo

–años– hasta que mis conocimientos de la lengua inglesa me permitieran hacerlo. En mi primer curso de español tuve un alumno que aprendía muy rápidamente todo lo que se requería para la clase y mucho más. Pasados los años, siendo ya aquel muchacho un alto empleado del Gobierno, le encontré hablando muy bien el español que usaba en su trabajo con gran frecuencia. Le pregunté qué le hizo aprender tan rápidamente el español estando solamente en un primer curso con la rapidez que lo hizo: “Como no entendía lo que Vd. nos decía en inglés y me interesaba saber algo de su vida, que me habían contado era muy interesante, decidí aprender español rápidamente y hablar con Vd. en su idioma”. Fue mi primera lección en América.

Había otro alumno en la misma clase que aparentemente prestaba muy poca atención y se pasaba el tiempo, cerca de la ventana, observando el paso de los tranvías, por la entonces avenida Wisconsin, sin apenas participar en el trabajo colectivo. Uno de los días en que yo me sentí maestra, y no solamente de lengua española, traté de pronunciar un breve y limitado “discurso” y con mi ejemplo personal hacerles ver que la educación era la base de la vida y que nos acompaña dondequiera que el destino nos empuje. Que era la base de una vida productiva y feliz para nosotros y para la sociedad en que vivimos. Que el dinero podía perder valor y no era la base de la felicidad. Entonces mi, hasta entonces silencioso alumno, comentó en voz alta: “Sí, señora, pero ayuda mucho”. Otra faceta del carácter americano que aprendí pronto.

Era tiempo de iniciar en Estados Unidos lo que había sido la base de mi trabajo en la República Dominicana: “Hacer España en América”. Para ello era necesario averiguar la extensión que la enseñanza del español tenía en los programas de enseñanza primaria y secundaria de los distintos Estados de la Unión. Había que comenzar por algo que permitiera, no solamente la evaluación sino la posibilidad de que el curriculum de, por lo menos las escuelas privadas de la parte Este de Estados Unidos, pudiera incluir el examen de esta lengua como lo hacía respecto al idioma francés.

Pronto pude constatar que la lengua francesa era la que figuraba en la mayor parte de los programas y, al parecer, la más popular. El español ni siquiera se enseñaba en muchas escuelas elitistas y, por lo tanto, muchos alumnos que estaban interesados en aprenderlo no tenían la menor oportunidad. Las escuelas públicas sí ofrecían cursos en nuestra lengua pero siempre con menor cantidad de alumnos que de francés y de alemán que también figuraba en el curriculum.

No pretendo aquí hacer una exposición detenida de cuantas actividades realicé en el campo de la enseñanza privada para avanzar el estudio de nuestra lengua. Sí me voy a permitir mencionar que, en su mayor parte, encontré ayuda para lograr que se considerara nuestra lengua digna de estudio. La realidad ha confirmado que el idioma considerado en los Estados Unidos de una importancia relativa, y el desconocimiento de la Historia, la Geografía y la Política de Hispanoamérica, más en realidad que la peninsular, ha dado paso a aceptar que esos países son de una gran importancia para el futuro de los Esta-

dos Unidos. Hoy día el estudio de nuestra lengua figura en todos los programas de enseñanza secundaria y hasta primaria y el número de alumnos ha aumentado en gran manera pasando a ser el número uno de cuantos idiomas extranjeros se ofrecen.

Durante mis años dedicada a la enseñanza desempeñé varias veces el cargo de presidenta de la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, capítulo de Washington. Fui electa miembro de The Cum Laude Society, miembro honorario de la Sigma Delta Pi (Sociedad Nacional Hispánica); miembro del Comité de la National Association of Independent Schools in Boston; tomé parte en varios Comités para evaluar la enseñanza de las lenguas en escuelas secundarias; miembro durante varios años del Committee of Examiners in Spanish del College Entrance Examination Board en Princeton... y en 1965 Harvard University me concedió un premio como Maestra Distinguida de Escuela Secundaria. El premio consistió en un diploma, presentado en la universidad con motivo de la graduación de ese año, y una cantidad en metálico. En el año 1986 el Gobierno Español, en nombre del rey Juan Carlos I, me concedió el Lazo de dama de Isabel la Católica.

No quiero extenderme más sobre las actividades que llenaron mi vida y con las que traté de cumplir mi deseo de "Hacer España en América". Solamente añadir que publiqué varios textos para la enseñanza del español y que, cuando mis actividades profesionales me lo permitían, me dediqué a ocuparme de intervenir en actos de tipo político relacionados con la situación española bajo la dictadura franquista. Apenas retirada dirigí la publicación de *Nuevas Raíces*, una obra que se publicó en México y que relata las dificultades y dolores por las que pasaron varias mujeres exiliadas para rehacer sus vidas. La primera edición se vendió totalmente apenas publicada.

Pero la actividad que me proporcionó más satisfacción fue el intercambio de estudiantes que inicié en 1956 llevando mis alumnos a México y trayendo mexicanos a Washington y que se extendió hasta 1970. Muchos de los hogares que acogieron a los americanos eran de exiliados como yo. Mi deseo hubiera sido poder establecer el intercambio con España pero la situación política me impidió hacerlo y, teniendo en cuenta que México era el país que con más generosidad abrió las puertas al exilio español, fue para mí un medio de agradecer, siquiera de un modo muy limitado, la generosidad mexicana. Recuerdo con gratitud a algunas familias como la de los Srs. García Álvarez-Coque que acogieron con desinterés a dos de mis alumnas.

Nuestra actividad, la mía en la enseñanza secundaria y, ya en mi retiro como profesora durante varios años en la American University, y la de mi esposo como profesor en George Washington y en American University, fue naturalmente nuestro medio de vida y, en desempeñarla lo mejor posible pusimos todo nuestro esfuerzo. Pero el corazón estaba siempre alerta para conocer la información que más había afectado nuestras vidas: los acontecimientos que ocurrían en el mundo y los efectos que sobre la dictadura de España pudieran tener.

Hubo un tiempo, apenas concertada la paz de la Segunda Guerra Mundial en que con la ruptura de relaciones con la dictadura de Franco, último vestigio del nazismo y el fascismo en Europa, se despertó nuestra esperanza de un cambio en España y de nuestra posible y deseada vuelta a la perdida patria. Los acontecimientos posteriores, la venta de bases a los Estados Unidos, la visita de presidentes y la normalización de relaciones entre la dictadura española y las llamadas democracias europeas y norteamericana nos obligó a aceptar que los intereses del mundo, el temor a la entonces Unión Soviética, y el posible establecimiento de un gobierno en España pro-Unión Soviética con la vuelta de los exiliados, iba a imposibilitar el cambio esperado. Nuestro deseo de un cambio de dictadura a democracia no iba a ser inmediato. Las noticias sobre amigos perseguidos, muertos en prisión, o fusilados acrecentaban nuestro dolor que se traducían en aumentar nuestra actividad cerca de los políticos a los que teníamos acceso para que apoyaran un cambio en la política norteamericana. Nuestra actividad poco valía frente a la que desplegaban los delegados de Franco que contaban con medios económicos de los que nosotros carecíamos.

En los momentos de desesperanza, que fueron muchos, cuando amigos españoles y norteamericanos trataban, con hechos concretos, analizando la política mundial, de que la dictadura en España iba a continuar por tiempo indefinido, mi esposo un gran intelectual de gran visión política y digno republicano siempre respondía: “Sí, tal vez tengáis razón, pero a mí nadie puede quitarme el derecho a la esperanza”.

Poco puedo añadir de ese tiempo en los Estados Unidos. Vivimos la violencia de esos años: guerras de Korea, Vietnam, asesinatos de figuras relevantes, protestas... pero nuestra vista seguía en España. Recordábamos a nuestro gran poeta Antonio Machado:

“Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
–así en la costa un barco–sin que el partir te inquiete–
todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;
porque la vida es larga y el arte es un juguete.”

Muchas veces tuve que repetir, mirando a la dictadura en España,

“Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya.”

pero la espera se hacía interminable.

En esa esperanza se me fue mi juventud y vino pronto la vejez en el exilio. Muchos amigos murieron en la larga espera; perdí a mi esposo y a mi madre, y cuando al fin se estableció en España un gobierno democrático decidí volver a Valencia. Quería renovar mis recuerdos, recordar el tango “Caminito”, popular en mi adolescencia, visitar la universidad con su Luis Vives... pero más que nada constatar cómo una larga dictadura habría influido en el pensar de las jóvenes generaciones. Desde los años 60 tuve oportunidad de conocer a varios

jóvenes, algunos valencianos que son ahora valiosos miembros de la vida política, que me inspiraron esperanza para el futuro; pero eso no era bastante.

Volví a mi Valencia y me enorgullecí del progreso que encontré pero también detecté una indiferencia ante el pasado republicano que más bien se podía interpretar como deseo de ignorar la historia anterior a la sublevación militar. Volví a los Estados Unidos y años más tarde tuve la fortuna de conocer a varios profesores y escritores que con sus investigaciones y publicaciones subsiguientes han tratado de hacer justicia a ese periodo republicano al que pertenezco y han reivindicado a los exiliados que, principalmente en la enseñanza, trataron con su ejemplo, honestidad y trabajo hacer real, vivo el lema que me acompañó a mí desde los comienzos de mi exilio: mostrar España, la España liberal y ejemplar de nuestros tiempos, “vivir España en el exilio”.

Aunque ya han oído Vds. al gran amigo que me ha precedido hablar de las publicaciones relacionadas con el exilio, quiero mencionar yo, sin herir la modestia del Doctor José Ignacio Cruz, Profesor Titular de Historia de la Educación en la Universidad de Valencia que, con sus publicaciones entre las que se cuentan *La educación Republicana en América*, *Masonería y Educación en la República Española*, *Los valencianos en América* y otras varias, ha hecho posible que las jóvenes generaciones tengan fuentes de información de gran valor. Las relacionadas con el exilio y la labor de los maestros son de un interés inigualable porque, en su mayoría, se basan en el conocimiento directo de quienes hemos vivido el exilio y podemos ayudar con nuestra experiencia. En otros casos la información proviene de hijos y hasta nietos que se han radicado definitivamente en el país que acogió a sus padres. Espero que el Dr. Cruz siga en sus estudios para beneficio de nuestra historia republicana. Y expresarle, ahora mismo, mi honda y sentida gratitud.

Quisiera poder mencionar a varios otros que han contribuido y contribuyen al estudio de las actividades relacionadas con el exilio tales como la doctora María Fernanda Mancebo Alonso y la Doctora Carmen Aguyó que con sus publicaciones, organización de Congresos, investigación de profesores que fueron perseguidos por el franquismo, etc. continúan manteniendo vivo el interés por el estudio de este periodo de nuestra historia.

Quiero agradecer profundamente a la distinguida “Real Sociedad Económica de Amigos del País”, la oportunidad que me ha permitido contarles algo de mi vida de exiliada y termino ya pidiendo perdón por la larga intervención que se ha permitido esta vieja maestra que habiendo pasado casi medio siglo como exiliada en tierra ajena, nunca olvidó su raíz en la Valencia de sus años felices.